

Año catorce.

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Habiéndose recibido algunos ejemplares del figurin y del lindo dibujo de tapicería repartido el 30 del mes anterior, se hallan de venta al precio de suscripción para los nuevos suscriptores que los soliciten.

REVISTA DE TEATROS.

El *statu quo* del Principal continúa, no ciertamente por culpa de la empresa, sino por cierto *lapsus linguae* del Sr. Guerra, el cual, como es sabido, está dando lugar á procedimientos oficiales un tanto acres, allá donde tuvo á bien tomar iglesia. Mientras se arregla el asunto, cosa que ya no puede tardar, es humanamente imposible que aquel teatro reciba una organización definitiva que le permita inaugurar sus tareas, como ya con facilidad se concibe.

En tanto la compañía transeunte de Buenos Aires ha completado el número de las funciones que anunció dar en el Balón, y ya á estas horas está á punto de surcar los mares, toda vez que, según tenemos entendido, solo esperaba que amainase el crudo temporal de los pasados días. Si no de todas las producciones ejecutadas desde nuestra última revista acá, de algunas al menos vamos á ocuparnos brevemente; pero antes cúmplenos manifestar, refiriéndonos á opinión ajena, que ni *El Arte de hacer fortuna*

ni *Sancho García* pudieron ponerse al nivel de *La Locura de Amor*; cosa que explicamos por la circunstancia de que ellas estriban mas ó menos en el primer actor, y el Sr. Ortiz, poco ha no mas que galán joven, no es posible que cuente aun, á pesar de sus felices disposiciones, con bastantes recursos de práctica para arrostrar tamañas dificultades; dificultades que no han sido suficientes á superar actores de otros estudios, de otra antigüedad en el ejercicio.

La escuela de las coquetas ya era otra cosa. La primera actriz es allí la protagonista, y perteneciendo esta obra á un género tan distinto del primero en que habíamos visto á la Sra. Duclós, dicho se está que deseábamos establecer una comparación entre estas dos opuestas fases de una misma actriz, siendo tanto mayor este deseo cuanto que creímos descubrir en la D.^a Juana de *La Locura de amor* ciertos rasgos que nos indicaban los instintos mas cómicos aun que dramáticos de la espresada señora.

Como, en nuestro entender al menos, el actor cumple su misión siempre que se ajusta á lo que bien ó mal escribió el autor, de aquí que juzguemos indispensable, antes de tratar de la ejecución, el presentar algunas breves observaciones que no han menester llevar por eucabezamiento reseña alguna, siendo como es tan conocida la comedia, sino que solo se limitaran á los caracteres y á las consecuencias lógicas que hace deducir la acción.

Que aquí no sucede nada de lo que naturalmente debería suceder con arreglo á los hechos que preceden, eso lo conoce al vuelo el que se tome el leve trabajo de seguir con

alguna atención la tortuosa y vacilante marcha de la obra. Una dama de gran tono enreda en los intrincados lazos de su coquetería no menos que á un distinguido general, entre otros muchos; pero es el caso que este general se enamora de la dicha dama, y á pesar de los desengaños, de los desaires continuos de que es víctima, no tiene bastante energía, bastante amor propio siquiera para romper su yugo. Ahora bien, ¿de qué ingenioso medio se vale el autor para curar este coquetismo crónico, este encallecimiento del corazón que aqueja á la duquesa, logrando que llegue á amar una vez? No es por cierto el manoseado del desden, no son los celos; no es la convicción de lo errado de su conducta, no la apreciación del mérito de su amante, no es nada en fin de lo que pudiera autorizar tan repentino cambio. Vamos á demostrarlo.

D. Valentin Rompelanzas, cirujano mayor, amigo del general, interviene oficiosamente en este asunto; pero todo lo que se le ocurre es en emborrachar al cochero de la duquesa, y hacer que esta, en vez de ser conducida á un baile, lo sea á la propia casa del general. ¿Para qué? ¿Qué es lo que se propone con este rapto? ¿Es acaso el hacerla creer que ya no es amada, según allí se indica? Ciertamente que entonces no tendría sentido común esta especie de salteamiento, mas propio de un bandido que no de un general, y que después de todo no produce, ó al menos no debiera producir, resultado alguno. Allí D. Valentin hace aparecer á un antiguo amante de la duquesa y á la novia que este por ella abandonó; pero la duquesa, cuando pudiera parecer humillada, humilla á los demás, y con razón de sobra: puesto que la posición en que se la ha colocado allí le da derecho para acusar de deslealtad y de baja ruina al hombre que por no haber sido amado quiere vengarse de tan innoble modo. Ella sale de allí triunfante, el que fué su antigua conquista confundido, D. Valentin derrotado, y el general con mas amor que nunca. Esta cura no podía hacer por cierto grande honor al intrépido cirujano.

Sin embargo, cuando ni el mas mínimo motivo autoriza ni disculpa siquiera un cambio en los afectos de la duquesa, es precisamente cuando á esta se le antoja amar al

general. El cómo y el por qué nadie lo entiende; pero ello es que sucede así, y que la coqueta por convicción acaba por convencerse, sin causa que á ello le mueva, de que debe dejar de serlo y dar por segunda vez su mano á un hombre, el cual da al admitir la oferta una prueba mas de valor sobre las que como militar tiene dadas, pues la que le hacia creer en su cariño al propio tiempo que á otros daba esperanzas, muy de temer era que, cual la *gata mujer* de la fábula, olvidase el mejor día su nuevo estado para ejercitar las mañas del antiguo.

De esta perpétua oscilación del argumento participan también, como es consiguiente, los caracteres; y los suspiros, y las lágrimas, los arrebatos y los ataques de nervios de la duquesa en el tercer acto, están tan dislocados de sus frivolidades del primero, que aun el mas lince tuviera todo aquello por estudiada farsa, si el final no nos convenciera de lo contrario. Con estos inconvenientes ha de luchar la ejecución de una obra que se sostiene, y hasta se sostiene bien, solo por sus pormenores, es decir, por su diálogo, por sus situaciones, y por la misma originalidad de un personaje un tanto estrambótico, de D. Valentin.

A nosotros nos pareció en esta comedia muy bien la Sra. Duclós, y no la vimos desmentirse nunca del carácter que el autor le impuso. Su figura, sus buenas maneras la ponían en completa aptitud para representar á una duquesa, viuda ya, y que si se supone conservar aun toda la belleza de la juventud, no así la candorosa ingenuidad, no la púdica reserva de los años primeros. Es una mujer, y una mujer de talento y de mundo; no una niña tierna é inocente.

El Sr. Jover estuvo completamente en su elemento en el papel de D. Valentin. Nada hubo que pedirle. El Sr. Ortiz ni tiene todavía la edad, ni tuvo el estudio que necesita el del general. En efecto, estaba en él poco firme, le sabia poco, y la primera condición para desempeñar un papel es saberlo bien. Acaso de aquí provino que la dirección de la escena dejase algo que desear, y que algunos cuadros necesitasen otra animación.

En la zarzuela: *¡Es la chachí!*, la misma Sra. Duclós representó y cantó la parte de Carolina, obteniendo en ella muchos aplau-

los, así por la gracia con que fué egecutada, como por su afinación y seguridad en la música. Al final cantó la linda canción de *El Marqués de Caravaca*, que el público le hizo repetir entre numerosas palmadas.

La concurrencia fué abundantísima, habiendo sido las funciones casi otros tantos llenos de entrada; y eso á pesar de la continua lluvia, y no obstante los inconvenientes que para tales noches presenta la situación topográfica de aquel coliseo.

F. F. A.

LA CALUMNIA DESMENTIDA.

(LEYENDA HISTÓRICA CABALLERESCA DEL SIGLO XI.)

EL JUICIO DE DIOS.

De la noche al ahuyentarse
Las mas lóbregas tinieblas,
Brilla la plácida aurora,
El sol sus rayos destella,
Mas esplendente que nunca
Empieza audaz su carrera:
¿Ignora que en aquel día
Puede morir una bella?
No, lectores, no lo ignora,
Mas ese tortor desprecia
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan (1).
Pues se contemplan ufanos
En mas elevada esfera,
Y todo el que está subido
A los de abajo desdeña;
Porque conocen del mundo
Las intrigas, las miserias,
Y por eso ni mirarnos
El sol á veces quisiera.

La animación va creciendo
Por las calles y plazuelas,
De la corte de Alemania,
Cual si esperase una fiesta.
El doncel engalanado
Va con la cara risueña
Y ya una dama acompaña,
Otra después galantea,
Une á un guiso una sonrisa

(1) Zorrilla.

Que su amor ardiente espresa,
Y la casada con lujo,
Y sencilla la soltera,
Una va á lucir sus dijes,
La otra luce su belleza.

El magnate, en su carroza
Calles, plazas atraviesa,
Hasta que al fin en el circo
A su amada le hace señas.
Saluda á cuantos conoce,
Y escudriña hasta la leña
Que tal vez llegue á encenderse
Para una señora escelsa,
Y hablando con los que están
Mira atento los que llegan;
Unos con ricos bordados
Calzan de oro la espuela,
Otros que visten sin fausto
Por su figura interesan.

El vulgo, como acostumbra,
Los alrededores puebla
Con alborozo indecible,
Porque el vulgo nunca piensa,
Y tampoco siente mucho
Desgracias que son ajenas.
Unos gritan, otros corren,
La liza con ansia esperan,
Y al hablar de la acusada
Palabras vierten obscenas.

¡Oh humanidad, que en el mundo
Con el horror te recreas,
Y que miras el patíbulo
Cual si fuese una comedia!
Humanidad insensible,
Turba osada á mas de necia,
¿Por qué al poderoso adulas
Y al ya caído desprecias?
Oh! jamás digas la causa,
Ten por lo menos vergüenza,
No publiques, calla, calla,
No publiques tus bajezas.
¿Pero qué sonido es ese
Que escucharse puede apenas
Por el murmullo que forma
La gente que al circo llega?
Ya se escucha algo mejor,
Y se percibe, se acerca
Sin que nos quede ya duda:
Es el son de las trompetas,
Los relinchos de caballos,
Y los clarines que suenan,
E indudablemente anuncian
Que la lid presto comienza.

Marcha al circo la acusada
Pálida, triste, sin fuerzas,
El llanto lleva en los ojos,
En su rostro la vergüenza,
Y el corazón lacerado,
Y tranquila la conciencia,
Y virtud siempre en el alma,
De la cual dudar pudiera
Quien su rostro no mirase
Do brillaba la pureza.

Al pasar, la muchedumbre

Atentamente la observa;
Unos dicen: «¡Qué desgracia!
Temor fundado sustenta
Al mirar el espectáculo
Que su beldad solo espera,
Para hacerla noble víctima
A pesar de su inocencia.»

Otros bastante inhumanos
Se mofan de su tristeza,
Y juzgan que es finjimiento
Si ella llora con ternera.
Mil improperios la dicen,
Lanzándole un anatema
Que la justicia divina
Falsedad la considera.
El emperador, muy triste
En el circo por fin entra,
Y su sillón ocupando
Sin duda alguna revela
La situación angustiosa
Que tanto y tanto le afecta;
Multitud de cortesanos
También altivos se sientan,
Y entonces la muchedumbre
Con mas avidez espera.
Por lanceros escoltada
Y de Oriente por la puerta,
Desmelenada llegó
De aspecto lúgubre llena,
A la liza la acusada,
Y el emperador al verla,
Por su megilla una lágrima
Dejó al cabo que corriera.

Entróse la emperatriz
En castillo de madera,
Que elevándose en el circo
Desde las gradas primeras,
Su ventana luce al frente
Que mirar la liza deja;
Al pié de aqueste castillo
Está hacinada la leña:
Bastante cerca el verdugo
Con una encendida tea.

Después los mantenedores
En el circo se presentan
Con sus armas bien templadas
Que airoosamente manejan:
Sus pages, sus escuderos
Lanzas y escudos elevan,
Y los heraldos pregonan
La acusación mas funesta.

Todos anhelan entonces
Del defensor la presencia,
Y á poco lo ven llegar
Del Septentrion por la puerta,
Que ufano ya en el palenque
Con fogoso corcel entra;
Lujosamente ataviado
Con armadura de guerra,
La atención el conde llama,
Del pueblo que lo contempla:
Y luce dos rojas plumas
Sobre el casco que sustenta,
Limpia y brillante celada

En el rostro echada lleva
Que levanta con su mano:
Por el campo se pasea,
Y parándose ante el solio
Do el emperador se sienta,
Con magestad le saluda
Inclinando la cabeza:
Con rapidez en seguida
Vuelve el caballero riendas
Parándose ante el castillo
Do la emperatriz se encuentra,
Y con voz clara y sonora
La dijo: «Señora egregia,
Los que osaron poner tacha
En la pura virtud vuestra,
Como villanos mintieron
Y gente de vil ralea:
Así, por Dios ayudado
En tan justa y noble empresa,
Teniendo vuestro permiso
Espero, señora escelsa,
De aquesa infame impostura
Hacerles que se desmientan.»

(Se concluirá.)

(Remitido.) E. DE MIRANDA Y RAMIREZ.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

¿Por qué no vuelven de la edad temprana
Los bellos tiempos de placer y gloria,
Tiempos ¡ay! de ilusión:
Allá cuando se mece el alma ufana
Sin tener el pesar en la memoria
Ni en el pecho la aflicción?

Quando el alma navega en manso río
Y solo un mundo vé de mil placeres,
De paz y de amistad;
Quando todo lo juzga á su albedrío,
Quando son sú esperanza las mujeres,
La bella sociedad.

Edad que huye fugaz y solo deja
Recuerdos que trastornan nuestra vida
Sembrada de pesar.
Edad que sin sentir bella se aleja
Como el ciervo veloz... ¡Edad querida
Que nunca volverá!

No tornarán los sin iguales días
Que al lado de un querub pasé en mi infancia,
Sin pena, sin dolor;
Que huyeron como cesa la ambrosia,
Como roban los notos la fragancia

De la sencilla flor.

Cuando tierno admiraba aquellos ojos
Que fervidos sin par mi alma abrasaban,
Mi jóven corazón.
Y bellos desterraban mis enojos
Cuando en mi placenteros se posaban
Con lánguida espresion.

Cuando ¡ay! contemplaba entusiasmado
Su megilla de nácar y de rosa:
Sus labios de coral,
Su cabello sedoso embalsamado,
Su faz encantadora, asaz hermosa,
Su voz angelical.

Huyeron dias tan bellos, se alejaron,
Y jamás tornarán al alma mía,
Ni el lloro enjugarán,
Que si gratos en mi alma se grabaron,
Dejáronle sin fin melancolia
Y un continuo penar.

¿Por qué no vuelven de la edad temprana
Los bellos tiempos de placer y gloria,
Tiempos ¡ay! de ilusion:
Allá cuando se mece el alma ufana
Sin tener el pesar en la memoria
Ni en el pecho afliccion?

(Remitido.)

E. G. M.

CRÓNICA DE TEATROS.

MADRID.

Teatro Real.—*Poliuto*.—Al hablar de la primera representacion de esta ópera, no podemos menos de principiar censurando la costumbre que se observa en nuestro teatro, bien diferente de la del extranjero, de no hacer todos los ensayos generales que son precisos para el buen éxito de la representacion. Si antes de ponerse en escena en el Teatro Real el *Poliuto* hubiesen tenido estos lugar, y decimos estos porque uno solo le creemos insuficiente en toda clase de obras, mucho mas en una ópera en que tantas son las dificultades, y en que tantos son los obstáculos de diversos géneros que han de vencerse, no hubiéramos visto desgraciarse tan bellísima produccion.

La primera representacion de *Poliuto* fué desgraciadísima: las partes principales en general; los coros, la orquesta, la banda, todos se resintieron de lo mismo, de falta de ensayos generales.

Los músicos de Ingenieros que tan justa repu-

tacion gozan, y á los que no pudieron menos de aplaudir con entusiasmo las personas que asistieron á los ensayos, fueron con muchísima justicia tambien mal recibidos del público. Si se les hubiese hecho tocar algunas veces en el mismo punto del escenario que habian de ocupar en la funcion, de manera que hubiesen podido familiarizarse con la direccion, con la colocacion en escena suya y de los demás, y hasta con su trage, circunstancias que aunque parezcan de poco aprecio á primera vista, son de mucho, tratándose de personas en su mayor parte muy poco acostumbradas al escenario, la banda de Ingenieros hubiera hecho en la funcion, como prometia en los ensayos, un efecto admirable.

De los cantantes, esceptuando al Sr. Malvezzi, nada notable podemos decir. La Sra. Gariboldi luchó como siempre con su escasez de facultades. El Sr. Mattioli, aunque cantó bien su parte, lo hizo sin el aplomo y posesion que eran de esperar, habiéndole oido en la «Linda». El bajo, á quien no conocemos, tiene poquísimo que hacer en esta ópera afortunadamente. Unicamente el Sr. Malvezzi pudo hacer sufrir con paciencia la multitud de circunstancias que se reunieron para disgustar á los espectadores: además de estar muy bien en toda la ópera, tuvo momentos inspirados, como en el del final del segundo acto, en que comprendió á Donizetti de una manera gloriosa para el arte. Lástima que el «lasciami in pace» de Poliuto, haya robado el puesto al «credo in Dio» de los Mártires.

Todo el andante del final del segundo acto, que como todos sabemos, es de lo mejor que puede escribirse, estuvo divinamente ejecutado, solo pudo atribuirse la indiferencia del público en este momento, pues no queremos fundarla en falta de gusto, á lo poco complacido que se hallaba del resto de la funcion.

No culpe, pues, á nadie la empresa, y reciba sobre si toda la falta. Para probar lo conveniente que seria que no se escaseasen los ensayos generales para el público y para la empresa, bástanos decir, que la segunda representacion de *Poliuto* fué bien ejecutada, y el público que á ella asistió, cortísimo.

Los teatros arrastran una existencia raquítica y miserable. El público tiene poco humor de divertirse, y las empresas cuentan con pocos elementos para llamar su atencion, de manera que será muy probable que algunos tengan que cerrarse muy en breve.

No tenemos en la Capital de España una buena

compañía de verso, y aunque por fortuna hayamos logrado este año ver á Romea unido con Arjona y la Teodora, nada adelantaremos si estos siguen sin un buen repertorio moderno, y la falta de recursos les impide que completen su compañía.

«Casa con dos puertas», de Calderón, es la segunda comedia del teatro antiguo que hemos visto en esta temporada en el Teatro del Principe. Nosotros admiramos á nuestros autores antiguos, especialmente á Calderón; creemos que las empresas deben poner en escena de tiempo en tiempo sus producciones, pero no con mucha frecuencia, porque haciéndolo así el público no va á verlas con tanto interés. El día 10 asistimos á la primera representación. Romea arrancó muchos aplausos al espresar con su declamación fácil, aunque á veces un tanto descuidada, los bellísimos versos de nuestro mejor poeta dramático. Teodora Lamadrid desempeñaba un papel que no es de aquellos en que mas brillan sus dotes artísticos; sin embargo, hizo todo lo que podia esperarse de su talento, y algunas veces casi parecia inspirada. El público la aplaudió repetidas veces. Entre la Teodora y Romea encontramos una diferencia marcada en el modo de decir. Cada uno tiene una escuela distinta, y esto, segun nuestra humilde opinion, destruye el efecto. Julian Romea brilla en todos los géneros. Teodora Lamadrid en el drama francés es donde mas la admiramos. El Sr. Tamayo tal vez con el tiempo podrá ser mas; pero por ahora le consideramos como un segundo galán joven. El Sr. Lumbreras saca bien algunos papeles; pero no es uno de ellos por cierto el que desempeña en la comedia de que nos ocupamos: lo mismo podemos decir de la Sra. Carrasco. De Guzman, á quien respetamos por su bien adquirida reputación y sus profundos conocimientos en el arte cómico, solo diremos que nos alegramos verle en escena; pero que por otro lado sentimos que á su edad salga á trabajar al teatro.

En el Teatro del Circo vimos la nueva zarzuela titulada «Estebanillo». El libreto está sacado de la comedia, que, traducida del francés, hemos visto en nuestros teatros con el título de «Fortuna te dé Dios hijo». Su autor apenas ha variado el plan de la comedia para arreglar el libreto. A pesar de que hay poca verosimilitud, y de que algunos chistes son chavacanos, tiene algunas escenas que entretienen al público y una música que agrada, aunque no ofrece nada notable. La ejecución fué regular.

LA ROSA Y EL RUISEÑOR.

Blanca, pura y olorosa
transparente y perfumada,
una rosa nacarada

allá en la selva nació:

lejos de las otras flores
entre abrojos y aspereza,
reina sola su belleza
do rival no conoció.

Una fuente que entre el musgo

crystalina se desliza,
con sus aguas fertiliza
su existencia virginal.

Blandos los céfiros mueven
sus pétalos delicados,
alejándose impregnados
de su aroma celestial.

De esta escondida hermosura
nadie sospecha la estancia,

vierta en vano su fragancia
de la selva en derredor.

¡Quién tras tantos eriales
allá en la enramada oscura,
entre peñas y espesura
hallar creyera una flor!

Solo un ruiseñor parlero
cuando la luz declinaba
y tibio el sol se ocultaba
entre nubes de zafir,
á aquel sitio solitario
todas las tardes venia,
y sus cantos repetia
de la fuente al sonreír.

Allí el espacio llenaba
de su dulce melodía
que al parecer dirigia
á alguno mas que al azar;
acaso á la blanca rosa
que al escucharle, galana
se columpiaba orgullosa
del céfiro al suspirar.

Tal vez revelen sus trinos
tan sentidos, tan suaves,
aquese amor de las aves
que solo comprende Dios:
esa afección misteriosa
sueño del alma demente,

que agita á todo viviente,
que va de la vida en pos.

¡Quién lo sabe! es lo seguro
que aquellas dos existencias
por extrañas influencias
llegáronse á comprender.

Y en ese tierno lenguaje
que el hombre torpe no entiende,
solos allá entre el follaje
se consagran su querer.

Así huyeron muchos días
de felicidad callada,
siempre la rosa aromada,
siempre galan el cantor:
pero el destino envidioso
quizá de tanta ventura,
tornó en horas de amargura
aquellas horas de amor.

Una tarde que impaciente
por su dulce afán guiado
el tenaz enamorado
volaba en pos de su bien,
le hiere el plomo certero
de algun cazador perdido
que entre la yerba escondido
le dispara con desden.

A pesar de sus heridas
no interrumpe el rauda vuelo,
y llega á la que en su anhelo
mansion de sus dichas es.
Allí sin fuerzas, cansado,
el corazon palpitante,
fatigado y espirante
cae de su amada á los piés.

Con quejidos lastimeros
le relata sus pesares,
no ya entre tiernos cantares
sino en ayes de dolor.
Y como al mover las alas
mas se dilata su herida;
se va escapando su vida
entre suspiros de amor.

La rosa dobla su tallo
y se inclina blandamente
hacia el ave falleciente
que en su continuo penar,
esconde el pico entreabierto
entre su caliz nevado,
cual si quisiera ¡cuidado!

sobre su seno espirar.

Así exhalando su vida
del amor en el esceso,
en aquel sentido beso
el ruiñeñor espiró;
mientras ella dolorida
tambien dándole su vida,
de su caliz los perfumes
sobre su amante vertió.

.

De tan funestos amores
el que conoce la historia,
una penosa memoria
se la viene á recordar,
cuando al cruzar por el bosque
en la tarde falleciente,
escucha la clara fuente
escondida murmurar.

(Remitido.) J. DE P. BLANCO.

MIS LÁGRIMAS EN LA NOCHE.

Agrádame entre las sombras
de la silenciosa noche,
lágrimas verter que endulzan
en un tanto mis dolores.

Cuando el aura juguetona
el vasto espacio recorre
acariciando las hojas
de los pensiles y bosques.

Cuando del mar en la orilla
escúchase el blando choque
de las olas que se estrellan
formando rumor discorde.

Entonces punzan mi pecho
mortíferos agujones,
y fatidicas ideas
cruzan mi mente veloces.

Entonces triste recuerdo
al ser de angélicos dones
que cuando loco adoraba
con esquivéz olvidóme.

Y ¡ay! envuelta en el misterio
de la silenciosa noche,



broto lágrimas amargas
para endulzar mis dolores.

(Remitido.)

J. M.^a PEREZ.

Málaga: 1855.

EL SUEÑO.

Vuela, vuela ilusion; no de mi mente
Herir pretendas el fulgor divino:
No cortes á la vez del pecho ardiente
El goce juvenil que el pecho siente,
Ni turbes la carrera á mi destino.

Vuela, vuela ilusion; aparta, mira
Del corazon la abrasadora llama
Que solo amor á mi pasion inspira
Y solo amor en su placer respira,
Y solo amor en su latido inflama.

Huye veloz; aparta de mi seno
Fatidica vision que lo enagena,
Vierte ya de una vez ese veneno,
Y no, si de placer se encuentra lleno,
Le trunque ese placer tu negra pena.

Que si de amor tan puro cual la aurora
Se encuentra el alma mia enagenada,
No pretendas con saña aterradora
Mil horas de placer en una hora
Apartar de mi vida afortunada.

Soñé que eras infiel, hermosa mia;
Soñé que tu cerebro enloquecido
Burlaba de mí fé la idolatria;
Y te vi sonreír, y te veía
Burlarte del amor que te he tenido.

Y embelesada con sonrisa ardiente
Gozabas de otro ser afortunado
Que se saciaba en ti traidoramente;
Y enloquecí de afán, perdí la mente
Y te maldije atroz y despiadado.

Mas ¡ay! que era soñar; sueño horroroso
De venenosa hiel robustecido!
Ay! que si al despertarme pavoroso
Hallo la realidad, ya no hay reposo
Al pobre corazon tan dolorido.

Fué ilusion, ilusion y desvario:
Todo vaga quimera, mas ¡qué horrible!
Que al despertar hallé, no tu desvío
Sino la realidad de mi albedrio,
Ráfaga de pasion inmarcesible.
¡Qué bella te miró mi mente inquieta!
¡Cuán hermosa te vió mi fantasia!
¡Cuánta ilusion de amor tranquila y quieta!
Mas divina que el canto del poeta
Cuando canta el nacer de un bello dia.

Antes quiero morir que no mis ojos
Miren el tedio de tu amor divino:
Que no aspire mi pecho los abrojos,
Que no repare en ti fieros enojos,
Porque amarte no mas es mi destino.

Amor que regenera el alma helada,
Que dá vida á mi vida cuando espira,
Que dá goces á el alma lacerada,
Que enloquece la mente enagenada,
Que alegre hace vibrar mi triste lira.
No: que no sueñe mas! vivir deseo
Y la bella ilusion por eso imploro:
Si alguna vez en ti desprecios veo
Mil muertes antes én mi sino leo,
Que no te quiero infiel, porque te adoro.

(Remitido.)

L. MEJÍAS Y ESCASSY.

San Fernando.

CHARADA.

Primera es un cierto adverbio
antiguo y sin uso ya,
á no ser en la poesia
donde tal vez lo hallarás.
Primera y segunda, dicen
cosa sinónima, é igual
á mapa; y si no me crees,
el diccionario verás,
donde saldrás de la duda
si la llegas á abrigar:
duplicada la segunda
es voz de la tierna edad;
tercia sola es una letra
consonante y no mas;
cuarta de por si no es nada;
mas si la doblas, verás
una cancion muy antigua
que mil veces oído habrás.
Cuarta y prima es de gran precio;
cuarta y segunda obtendrás
en un liquido; y mi todo
es un gran puerto de mar,
que si en el mapa de España
buscas, de fijo hallarás.

LUIS BURIN.

A NUESTRAS CONSTANTES FAVORECEDORAS.

A pesar de que con el presente número no debia acompañar lámina ni patron alguno, en razon á que la última repartida equivalia á dos, hemos determinado en vista de la favorable acogida que va teniendo nuestra publicacion, acompañar un curioso patron para el corte de camisa de caballeros, creidos en que merecerá la aprobacion de nuestras amables suscriptoras.